

# El campamento de los líos

Pasqual Alapont



## Primer día

El mérito es de Gisbert, del psicópata de Gisbert mejor dicho. Y menos mal que no se le ocurrió una idea más brillante, que si no... En fin, no quiero ni pensarlo. Dios sabe dónde me podrían haber llevado sus consejos. Aunque, bien mirado, él no tiene la culpa de que mis padres sean unos pusilánimes. No le tendrían que haber hecho caso y ya está.

Soy tímido, soy esquivo, soy extravagante, eso yo ya lo sé de sobra. No hacía falta que Gisbert, el psicólogo del colegio, se metiera donde nadie lo llamaba. Y mucho menos que aconsejara a mis padres que me enviaran a un campamento de verano. ¿Es que me meto yo en su vida? ¿Le digo yo dónde tiene que ir de vacaciones? ¿Ni si viste como un

degenerado? Pero claro, él no tiene problemas para relacionarse con la gente. Es un tipo extrovertido, gracioso, mundano... ¡Un bufón!

Pero ya no tiene remedio. Mis padres decidieron que era por mi bien y eso es indiscutible. «Conviene que convivas con personas de tu edad, Víctor, que te espabiles», sentenció mi madre. Francamente, no sé qué más les da si yo, en verano, prefiero jugar a la brisca con las abuelas del balneario a ir de campamento.

¡Tiendas de campaña, uf, tenemos que dormir en tiendas de campaña! Como quien dice a la intemperie, expuestos a la brisa marina y a las tempestades. No sé si mis nervios aguantarán tanta hospitalidad.

Por suerte no todo son problemas. Me han asignado un compañero de tienda encantador: una especie de orangután pelirrojo de unos cincuenta quilos, sucio de la cabeza a los pies y con el pelo grasiento. ¡Una perla! Se llama Silvestre.

\* \* \*

¡Qué ganas tenía de que llegaran las vacaciones! Hasta el final no vi nada claro que me dejaran ir al campamento. Sobre todo por mi padre. «Eres una chica», me dijo, «tengo miedo de que te caigas por

un precipicio». Bueno, es una razón, tan aguda que se le podría haber ocurrido a mi canario. Por la misma regla de tres, yo le habría podido decir: «No salgas de casa, papaíto, que puedes tropezar con una gatita birmana y destruir la paz de nuestro nido familiar». O también: «Cierra la boca, chiquitín, que te puede entrar una mosca». Es como si el padre de Manya Sklodowska (Marie Curie de casada) le hubiera anunciado: «Manya, bonita, que no quiero que vayas a París a descubrir el radio, que hay muchos franceses». Con padres así no iríamos a ninguna parte. Por suerte para la humanidad, el señor Sklodowska debía de ser más amplio de miras.

¡Bah, hay que vivir la vida! Tengo trece años y quiero ver mundo. Deseo conocer gente y vivir aventuras. ¿Hay algo mejor que dormir al aire libre acariciada por la brisa marina? Bueno, sí, también están los chicos, por supuesto.

Me gusta que el campamento esté cerca del mar, rodeado de laderas escarpadas y de una pequeña pinada. Es un decorado magnífico para una noche de terror, o para una velada amorosa a la luz de la luna con tañido de violines y promesas de amor eternas. Da la sensación de que en cualquier momento el corazón se te puede poner a cien y salirse del pecho.

He conocido a la chica que compartirá la tienda conmigo. No sé qué pensar. De hecho, llamarla chica ya es una concesión. Más bien parece una hechicera, con los cabellos oscuros, enmarañados como un estropajo, la mirada estrábica como la de una médium en pleno trance y la cara pálida y gordezuela. Si en lugar de Raquel me hubiera confesado que era la reencarnación de Morgana, la habría creído sin pestañear.

Es sorprendente, nada más presentarnos me ha preguntado:

–Te gustan los deportes, ¿verdad?

–Sí, he respondido.

–Lo sabía, eres la típica Aries –ha exclamado con el dedo inquisidor apostado a tres milímetros de mi nariz.

Nada me habría sorprendido, entonces, que se hubiese subido a una escoba y se hubiera ido volando; pero en lugar de eso, ha cogido un martillo y ha empezado a levantar la tienda. «Debes de estar cansada del viaje», me ha insinuado. «No te preocupes, yo la montaré».

Confío en que seremos amigas, a pesar de que no soy Aries sino Sagitario.

\* \* \*

Otra vez en el campamento. Todos los años, a medida que se acerca el mes de julio, mis padres me vienen con la misma cantinela: «Silvestre, hijo, ¿te apetece ir de excursión?». No saben cómo deshacerse de mí. Pobrecillos. En el fondo los entiendo: se tiene que ser de una pasta especial para convivir conmigo.

Y no lo hago adrede, lo juro, no soy malo por naturaleza; simplemente pasa que no puedo evitarlo. De repente me viene como un arrebato maligno y... ¿qué sé yo?, dejo la finca a oscuras y meto una caca de perro en cada puerta. A mí estas cosas me parecen divertidas. Lo que pasa es que eso del sentido del humor es muy subjetivo. Por ejemplo, las cosas que a mí me hacen gracia, el vecino del tercero las encuentra repugnantes.

El caso es que a medida que se acerca el mes de julio, mis padres dan pena. Merecen un descanso, la verdad. Se les ve demacrados, ojerosos, irascibles, y un día, como quien no quiere la cosa, sueltan aquello de: «Silvestre, hijo, ¿te apetece ir de campamento?».

La cosa acaba siempre bien para ellos, porque a mí, sinceramente, la vida al aire libre me encanta, pero también me gusta ver la cara de perplejidad que ponen cuando digo: «No lo sé, puede que este

año no vaya, me gustaría haceros compañía». Son momentos de una cierta complicidad familiar, rutinarios tal vez, pero entrañables.

Por cierto, este año tengo que compartir la tienda con un pazguato de estos que dejan la ropa ordenada y los zapatos arregladitos uno al lado del otro. Se llama Víctor, creo. Tendremos problemas: creo que no tiene sentido del humor.

\* \* \*

Lidia es Aries, estaba segura. Tiene las manos y las piernas delgadas, el pelo corto y rubio, la mirada franca y tranquila; de aspecto sano, rostro alargado, pómulos salientes y siempre con una sonrisa en la boca... Aries, no hay duda, ¡signo de fuego! Su vida debe de ser apasionante, plena de idilios desconsolados y románticos, con frases grandilocuentes tales como «te amaré hasta la tumba, amor mío» y «oh, qué placer, besarte la planta del pie». Ojalá me deje echarle las cartas. Dios sabe lo que se puede encontrar.

No me equivoqué cuando escogí este lugar para pasar el verano. Es mágico. Planea por todo el lugar como una especie de aureola metapsíquica que pone los pelos de punta. Nada más llegar, después de un saludo al sol junto a la playa, he descubierto

una señal que me ha dado escalofríos: sobre la arena estaba el cadáver acuoso de una medusa y, por todas partes, multitud de conchas como dejadas caer a la buena de Dios, para disimular. A pocos metros he visto una caña semienterrada y una sandía partida. Cualquiera podría pensar que todo eso es normal, pero yo veo en ello un presagio clarísimo. La sandía partida, la caña semienterrada... son símbolos demasiado evidentes. Aquí pasará algo sonado.